

siendo dueños de la mayor parte del país conquistado.

Aecio con su actividad y su valor había sabido inspirar á los bárbaros el respeto de su autoridad; por esto, cuando á mediados del siglo v las hordas húngicas cayeron sobre la Galia, en torno de él se agruparon los germanos y los galo-romanos, igualmente amenazados (1).

Atila había reunido bajo su poder á las tribus de los hunos, y establecido entre el Danubio y el Theiss, hacía temblar al imperio de Oriente. Un griego, Prisco, que formó parte de una embajada enviada á Atila, ha descrito el modo de ser extraño de aquella corte bárbara y la sencillez ruda y el carácter violento del caudillo. La actitud enérgica de un nuevo emperador, Marciano, decidió á Atila á dirigirse hacia el Occidente: la Galia, en donde Aecio lucha contra pueblos divididos entre sí, se le aparece como una presa rica y fácil y entonces pide á Valentiniano III, el emperador de Occidente, la mano de su hermana Honoria declarando que también él es aliado y amigo de Roma y que no entra en la Galia más que para combatir contra los visigodos.

451 En 451 pasó el Rhin, entre Worms y Bingen, al frente de una multitud de pueblos tártaros y germánicos y se encaminó á Metz, adonde llegó el día 6 de abril, asesinando á los habitantes é incendiando la ciudad; en el siglo vi se decía que solamente se había salvado de la ruina el oratorio de San Esteban. París está amenazada y sus habitantes querían huir, pero una doncella consagrada á Cristo, Genoveva, trató de infundirles valor, prediciéndoles que la ciudad no sería atacada; los hechos le dieron la razón. En efecto, Atila marcha sobre Orleans cuyo obispo Aignán ha ido á implorar el auxilio de Aecio, el cual llega procedente de Italia, acudiendo á su llamamiento los francos, la mayor parte de los burgundios, los armoricanos y hasta los visigodos. De suerte que los bárbaros establecidos en la Galia unían sus esfuerzos para defenderla contra nuevos conquistadores.

Atila sitiaba á Orleans, y aun tal vez había entrado en ella, cuando los aliados le atacaron. Junto á la ciudad se trabó un primero y furioso combate, y el día 14 de junio quedaba levantado el sitio y Atila se retiraba. En Mauriac, en las inmediaciones de Troyes (probablemente en Moirey, aldea actualmente destruída), libróse la segunda batalla que duró tres días y refiriéndose á la cual se dijo posteriormente que el arroyo que atraviesa la llanura habíase convertido en torrente á consecuencia de la sangre que aumentó su caudal. Atila, al verse derrotado, retiróse, al parecer, detrás de sus carros, dispuesto á prenderles fuego si le perseguían (2); pero habiéndole los vencedores dejado partir, saqueó por el camino á Tréveris y al año siguiente cayó sobre Italia. La Galia estaba salvada, pero el peligro que había corrido impresionó vivamente las imaginaciones, y al lado de aquellos recuerdos crecieron piadosas ficciones que presentaron junto á Aecio, el libertador de aquel país, á los obispos Auctor de Metz, Aignán de Orleans y Lupio de Troyes, y en París á Genoveva, como protectores

(1) Amadeo Thierry, *Histoire d'Attila*, 1864. De Barthelemy, *La campagne d'Attila*, «Revue des questions historiques», 1870. Kohler, *Etude critique sur la vie de Sainte Geneviève*, 1881. Girard, *Le Campus Mauriacus*, «Revue Historique», 1885. Cuissard, *La bataille de Mauriac*, «Revue de Champagne et de Brie», 1887.

(2) El relato de Jordanis, cuyo carácter pintoresco ha seducido á los historiadores, debe inspirar serias desconfianzas.

de sus ciudades. Hasta poblaciones por donde no había pasado Atila quisieron tener su leyenda.

Pocos años después, en 454, moría Aecio: «Con él, dice el cronista conde Marcellin, cayó el Imperio de Occidente, que ya no pudo volver á levantarse.»

IV.—Los galo-romanos y los bárbaros

En aquella fecha podemos colocarnos para examinar cuál era, desde hacía medio siglo, la verdadera situación de la Galia y cómo vivían juntos los antiguos habitantes y los bárbaros.

Han sostenido algunos que la llegada de estos nuevos ocupantes no había sido violenta y que los saqueos y los excesos no habían pasado de hechos aislados; afirmar esto, sin embargo, es prescindir del testimonio de los contemporáneos que nos describen el tiempo en que vivieron como una época de pruebas terribles y de ruinas. El retórico Claudio Mario Víctor, por ejemplo, en una carta escrita en 415 á Salomón, abad de San Víctor de Marsella, habla del bárbaro que se arroja sobre las riquezas y sobre los colonos y deplora «los estragos del sármata (quizás el godo), los incendios del vándalo y los saqueos del alano rápido.» Oriencio, obispo de Auch, que escribe entre 430 y 440 en los países ocupados por los visigodos, declara que ni los bosques, ni las ásperas montañas, ni los ríos, ni los castillos, ni las ciudades protegidas por las murallas, ni los desiertos pudieron poner á las poblaciones al abrigo de los bárbaros. «En los burgos, en los campos, en las ciudades, en todas partes, en una palabra, reinan la muerte, el dolor, la destrucción, las matanzas, los incendios, los duelos; toda la Galia ha ardido en una misma hoguera.» «¿Dónde están ahora, dice otro cristiano galo-romano, las riquezas de los poderosos? Aquel que tenía cien arados para abrir la tierra, pasa apuros para tener bueyes; el que cruzaba por las ciudades en soberbios carros, recorre con fatigada planta la desierta campiña; el que poseía diez grandes buques que bogaban por el mar, guía ahora por sí mismo una pequeña barca. Campos, ciudades, todo ha variado de aspecto, todo ha sido arrastrado en precipitada caída á la ruina.» El autor del poema *Sobre la Providencia de Dios* se expresa en términos todavía más concretos: en el momento de escribir, la Galia está desde hace diez años «bajo la espada vandálica y gótica;» todo ha sido devastado; los bárbaros han asesinado en revuelta confusión á la plebe y á la nobleza, á los viejos, á los niños y á las doncellas. Nos presenta á los godos ocupando las quintas de recreo, robando dinero y muebles, repartiendo los brazaletes entre sus mujeres, bebiéndose el vino, llevándose los rebaños é incendiando las casas; las iglesias han sido destruídas por el fuego, los vasos sagrados profanados y los obispos han sufrido la misma suerte que los fieles, habiendo sido fustigados, quemados y encadenados. Píntase á sí mismo «cubierto de polvo, cargado con un fardo, caminando penosamente en medio de los carros y de las armas de los godos, al lado de su obispo expulsado de su ciudad destruída por las llamas,» y se da cuenta de la gravedad de la invasión y de la ruina de la patria: «Cuando se ofrece á nuestra vista la patria humeante, cuando recordamos todo lo que ha perecido, el dolor nos quebranta y nuestros rostros se llenan de lágrimas que no podemos contener.»

El historiador no tiene el derecho de recusar estos conmovedores lamentos tan á menudo repetidos y que están confirmados por los hechos (1).

Cuando los recién llegados se fijaron en el país, sus relaciones con los antiguos habitantes tomaron otro carácter, pues fué preciso concederles un puesto regular en el territorio y proceder á repartos de tierras. En varias ocasiones hablan los cronistas de las comarcas que en la Galia fueron cedidas á pueblos bárbaros «para que se las repartieran con los habitantes;» algunos documentos exactos indican las reglas que adoptaron los visigodos y los burgundios, y aunque no datan sino de la segunda mitad del siglo v la situación que nos dan á conocer es seguramente de época anterior (2).

Durante el Imperio, cuando algunas tropas se establecían en algún sitio de una manera permanente, eran alojadas en las casas particulares: á esto se llamaba *hospitalidad*, y el propietario proporcionaba al forastero víveres y le cedía una tercera parte de su vivienda. Esta institución, de la que se habían beneficiado ya muchos bárbaros al servicio del Imperio, sirvió de modelo á los nuevos repartos, sólo que se aplicó á la tierra misma: los burgundios recibieron el tercio de los esclavos y dos tercios de las tierras, condiciones que más tarde se suavizaron, y lo mismo se repartían los bosques que los campos cultivados. A esta distribución se le aplicaba todavía el antiguo vocablo de «hospitalidad» y la tierra que recibía cada nuevo ocupante se denominaba *sors*, lo que significaba no un terreno sacado en suerte, sino un lote de terreno. Los visigodos tuvieron también las dos terceras partes de las tierras de los galo-romanos sometidas á reparto. Han querido algunos presentar á esos bárbaros como colonos al servicio de los antiguos propietarios, pero se equivocan los que tal pretenden, puesto que aquéllos disponían de sus tierras, las transmitían por herencia y aun en ciertos casos podían enajenarlas. La ley burgundia designa con el nombre de *consortes* á los antiguos y á los nuevos habitantes, lo cual indica, cuando menos, una especie de copropiedad si no la propiedad absoluta.

Esta desposesión parcial revistió, pues, formas legales y jurídicas, y en este sentido ha podido decirse «que no había en ello ni invasión ni conquista, sino un mal que se parecía mucho al que la invasión y la conquista de ordinario producen.» Estos repartos fueron á veces acompañados de violencias; así los cronistas refieren, aunque sin entrar en detalles, que cuando Aecio concedió á los alanos territorios que debían repartirse con los galo-romanos, éstos se resistieron, en vista de lo cual aquéllos expulsaron á los propietarios y se apoderaron del suelo. Sin embargo, las antiguas poblaciones se sometieron por regla general al reparto, además de que la desposesión no afectó á todos los propietarios. Com-

(1) Véase, por ejemplo, Lecrivain, *Un épisode inconnu de l'histoire des Wisigoths*, «Annales du Midi», 1889.

(2) Respecto de esta cuestión, véase especialmente la obra antigua, pero que no ha perdido su valor, de Gaupp *Die germanischen Ansiedlungen und Landtheilungen*, 1844. Fustel de Coulanges, *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, 1891, páginas 279 y siguientes. Julián Havet, *Du partage entre les Romains et les Barbares chez les Romains et les Wisigoths*, en el tomo II de sus obras, 1896. Saleilles, *De l'établissement des Burgondes sur les domaines des Gallo-Romains*, en la «Revue bourguignonne de l'Enseignement Supérieur», 1891.

parados con los antiguos habitantes, los visigodos y los burgundios eran poco numerosos; en un principio se señaló á un cierto número de ellos una parte de las tierras de dominio público, las tierras vacantes, siendo los demás instalados á expensas de los grandes propietarios. Estos últimos fueron, por consiguiente, los que más sufrieron; pero el tercio que conservaban era á menudo bastante extenso para asegurarles el bienestar. Por otra parte, á medida que la ocupación se consolidaba, los mismos reyes bárbaros estaban interesados en evitar los excesos y en no exasperar á las poblaciones entre las cuales vivían. Paulino de Pella, que, como hemos visto, había sido expulsado de Burdeos cuando la llegada de los visigodos, después de mil vicisitudes vivía á mediados del siglo v en Marsella de los restos de su fortuna; un godo entró en deseos de poseer una de sus fincas situada cerca de Burdeos, mas no se apoderó de ella, sino que quiso comprarla, y al efecto envió á Paulino una cantidad con la que éste se contentó, aun siendo como era inferior al valor de la finca. De manera que en aquella fecha los godos de Aquitania respetaban los bienes de los mismos que habían abandonado el país y cuyas casas habían ellos saqueado en el momento de la invasión. En el siglo v, como en el iv, los miembros de la aristocracia galo-romana viven todavía lejos de las ciudades, en el campo, en ricas quintas, gozando allí de una tranquilidad relativa.

Y aun sucedió que las relaciones de vecindad que se establecieron contribuyeron á calmar los ánimos: vencedores y vencidos aprendían á conocerse y á auxiliarse mutuamente, y el humor brutal de los bárbaros se suavizaba, pues aquellas naturalezas rudas, cuando no estaban exaltados por el ardor del combate ó del saqueo, no siempre eran malos. Los burgundios sobre todo eran muy buenas gentes, trabajadores y de carácter pacífico: Sidonio Apolinario, que los ha tenido de huéspedes, dice que mortifican sus aficiones, su amor propio de galo-romano, y se burla de esos gigantes de siete pies, «de cabellos engrasados con manteca rancia,» que huelen á ajo y á cebolla, pero se limita á lamentarse de que su presencia ponga en fuga á la musa. Fuerza es añadir, sin embargo, que no se atrevía á hablar demasiado; así en una carta á uno de sus amigos refiere una fiesta que se celebró en Lyon en el sepulcro de San Justo: hablóse en ella largamente, «mas no se trató de los poderes, dice, ni de los impuestos; no hubo conceptos denunciadores ni traidor para denunciarlos.» En el Sudoeste, los visigodos ya no causaban á las poblaciones tanto terror: la «paz gótica tenía sus partidarios y algunos romanos de noble alcurnia habían entrado en la corte de los reyes godos y gozaban del favor de éstos.» «Los bárbaros, escribía Orosio pocos años después de la llegada de los godos, abominan de sus espadas, vuelven sus ojos al arado y tratan como aliados y como amigos á los romanos que permanecen en los países por ellos ocupados; por esto hay romanos que prefieren vivir en medio de los bárbaros, pobres, pero libres, á vivir agobiados de impuestos bajo la protección de los funcionarios romanos.» Paulino de Pella veía cómo sus hijos le abandonaban y se volvían á Burdeos porque esperaban, dice, más libertad, aun tratándose de un país cuyo territorio se partía con los bárbaros.

En el Norte, el establecimiento de los francos tuvo

en un principio un carácter violento; los invasores obligaron á los antiguos habitantes á retirarse á las orillas del Mosa, en donde formaron, al amparo de la selva Charbonniere, aquella población valona que difiere de la flamenca por su carácter tanto como por su idioma. Los francos, por el contrario, establecidos en masa en la Bélgica occidental, manteníanse rebeldes á toda influencia cristiana. En la región renana, otros pueblos francos determinaron asimismo el éxodo de la población galoromana hacia las Ardenas y los Vosgos; el país tornóse salvaje y la mayor parte de los obispados desaparecieron, habiendo sido precisas en el siglo VI nuevas misiones para restaurar en aquellas regiones el cristianismo.

Todas estas revoluciones no hicieron más que fortalecer la influencia de la Iglesia sobre los antiguos habitantes: en medio de aquellos acontecimientos que destruyeron todo cuanto hasta entonces había parecido glorioso y deseable, los espíritus conturbados sentían una necesidad imperiosa de acogerse á algún principio que fuera superior á los incesantes golpes de la suerte. La Iglesia se aprovechó de aquella crisis moral y supo convencer á los hombres de que Dios les afligía para asegurar su salvación, con lo que ellos se acostumbraron á consolarse comparando sus sufrimientos con los de Cristo. Estos sentimientos, entonces muy comunes, hállanse expresados con mucho calor en un poema que un cristiano de aquel tiempo dedica á su esposa para inducirla á que se consagre con él á la vida religiosa. No hay en esa composición el menor lamento contra las desdichas que agobian á la sociedad: «huésped pasajero de la vida,» el autor celebra «á los que han sabido no hacerse esclavos de ella y se han sustraído á la falaz sabiduría del mundo;» fortalecido por los desastres contra los golpes de la suerte, no teme el destierro, «pues el mundo es para todos una misma vivienda» y su única esperanza está en Dios «que le ha hecho ciudadano de otra patria.» Otro defiende á la Providencia de las objeciones que podrían sacarse de los desastres del tiempo, y al que llora «sobre sus campos incultos, sobre sus granjas abandonadas y sobre los restos de su vivienda incendiada» le responde que más aún debiera llorar por el estado de su alma, mientras «el servidor de Cristo ninguno de estos bienes ha perdido porque los ha despreciado.» Paulino de Pella, medio arruinado, da gracias á Dios que al privarle de sus bienes terrenos le ha enseñado á buscar sólo los bienes eternos y le ha movido á llevar una vida análoga á la de los monjes. Y no son estos simples lugares comunes, sino que tales creencias sostuvieron entonces á muchas almas, si bien tuvieron por consecuencia hacerlas demasiado indiferentes á sus propias desgracias. Admiráranse muchos de que poblaciones densas, que no carecían de armas ni de recursos, se sometieran tan fácilmente á las hordas, generalmente poco numerosas, que ocupaban el país en virtud de un convenio en extremo ficticio con el emperador, y de que hubiera tan pocas resistencias; pero en vez de acusar de cobardía á los galoromanos, cuando ciertos hechos demuestran que eran capaces de valor, hay que buscar en parte la razón de su conducta en las enseñanzas de la Iglesia, ya que para muchos la resignación fué un acto de fe ferviente.

Ahora bien, la resignación religiosa tuvo como consecuencia la resignación política. En el siglo anterior,

los escritores cristianos son casi todos patriotas; en el siglo V cesan de asociar los destinos del cristianismo á los del Imperio. Estos sentimientos son visibles ya en el historiador Orosio, que escribía sus *Historias* hacia el año 417: sostiene éste que el establecimiento de los bárbaros es una felicidad, pues habiendo podido tratar á las provincias como país conquistado, se contentan con pedir residencias en ellas y se ofrecen á defenderlas; y si á veces encuentra hermosos acentos para hablar de los beneficios de la civilización romana, cuando mira al porvenir, vislumbra un mundo nuevo cuyo principio será el cristianismo y que no dependerá más del «inmóvil peñasco del Capitolio.» En Salviano, que, nacido en Tréveris, fué sacerdote en Marsella y escribió á mediados del siglo (439 y 451), habíase extinguido todo patriotismo romano; rudo y fogoso, no se amolda á las falaces ficciones cuya realidad tratan todavía de disfrazar sus contemporáneos: «El Imperio ha muerto ó agoniza;» los bárbaros han sido enviados por Dios y son los instrumentos de su venganza contra una sociedad corrompida y degradada. Esta acusación, á menudo injusta, le impulsa á establecer un paralelo entre los romanos y los bárbaros, cuyos vicios disculpa sin ocultarlos, y termina diciendo: «Los romanos desean no verse jamás obligados á volver á ser súbditos de Roma y ruegan al cielo que les permita vivir como viven entre los bárbaros.»

Sin embargo, los anatemas de este testigo parcial y arrebatado no pueden ser admitidos sin reservas. En efecto, en las filas de la aristocracia aún había hombres que si bien toleraban á los bárbaros sentían un afecto piadoso por Roma y sus instituciones. «Tú evitas el trato con los bárbaros porque son considerados como malos, escribía Sidonio Apolinario á un amigo; yo huiría de ellos aunque fueran buenos;» y realmente, si no podía huir de ellos, no se alegraba de su presencia. En cuanto á la plebe, no se hacía cargo de la revolución que ante sus ojos se realizaba.

Aecio había muerto; el asesino de Valentiniano III había acabado con la dinastía teodosiana; los vándalos habíanse apoderado de Roma, y los galoromanos veíanse más que nunca reducidos á sus propios recursos. En julio de 455, una gran asamblea de nobles galoromanos celebrada en Beaucaire, eligió emperador al arvernio Avito, antiguo prefecto de las Galias; Sidonio Apolinario, yerno de éste, traduce en los siguientes términos los sentimientos que á aquellas gentes animaban: «Hemos considerado, decían, como un deber sagrado asociarnos á las desgracias de un poder caduco y hemos soportado la sombra del Imperio, y ahora se presenta á la Galia ocasión de demostrar lo que vale.» De modo que la Galia quería cuidarse de su propia salvación, pero la buscaba en una inteligencia con los bárbaros. Avito era amigo de los visigodos y, por otra parte, gracias á su origen, gozaba de gran popularidad entre las antiguas poblaciones; á pesar de todo, fracasó y murió en 456. Un general romano, Egidio, intentó aún durante algunos años luchar contra la expansión bárbara y hasta llegó á derrotar á los visigodos cerca de Orleans; pero desapareció, á su vez, en 464, quizás asesinado ó envenenado (1).

(1) Tamassia, *Egidio e Siagrio*, «Rivista storica italiana», 1886, ha tratado de desenvolver la confusa historia de Egidio.

V.—Eurico y Gondebaudo

En aquel entonces, es decir, en la segunda mitad del siglo V se consolidan la dominación gótica y la burgundia: dos reyes, Eurico y Gondebaudo, activos é inteligentes, organizan verdaderos Estados, dictan leyes y administran.

De todos los reyes bárbaros de aquel tiempo ninguno iguala á Eurico, que fué el Clodoveo de los visigodos y que acaso les habría asegurado el imperio de la Galia si hubiese sabido atraerse á su causa á la Iglesia. Cuando fué elegido rey en 466, era joven todavía, valiente, activo, «terrible por su poder;» su dominación, al decir de un contemporáneo suyo, era de «hierro.» Hasta él, los visigodos habían aceptado la ficción por virtud de la cual eran federados al servicio de Roma; Eurico prescindió de ella, y rompiendo toda alianza con los romanos, quiso conquistar la Galia meridional y ser su señor independiente. Los escritores de aquel tiempo definieron en términos concretos su política.

Para alcanzar el fin que se propone, todos los medios le parecen buenos, lo mismo la traición que la violencia. Arvando, prefecto entonces de las Galias, traiciona al Imperio, entra en negociaciones con Eurico y le propone que se entienda con los burgundios para repartirse la Galia, y del mismo modo obra en Auvernia otro funcionario, Seronato, quien al propio tiempo exaspera al país con sus exacciones. Estas intrigas, sin embargo, fracasaron, pues ya hemos visto que muchos individuos de la aristocracia galoromana no se resignaban todavía á ser entregados á los galos sin reservas y sin compensación. Arvando fué arrestado, hubo de comparecer ante el Senado de Roma, en donde una diputación de nobles galoromanos sostuvo la acusación, y fué condenado á muerte, pena que se le conmutó por la de destierro (469). Muy poco después, Seronato fué juzgado y ejecutado.

Eurico, en el entretanto, comienza sus conquistas: en el Norte, derrota, cerca de Dreols, á los bretones acaudillados por Riothimo y les toma Bourges (entre 468 y 470), apoderándose luego del Berri, del Limousin y del Velay y atacando finalmente Auvernia. Por este lado la labor fué ruda, pues aquellas robustas y valientes poblaciones, abandonadas de Roma, aisladas, pero atrincheradas en sus montañas, defendieron encarnizadamente su independencia. Dos hombres dirigen la resistencia, Ecdicio, maestro de la milicia, hijo del emperador Avito, y el nuevo obispo de Clermont, Sidonio Apolinario, que pertenecía á una de las más nobles familias de la Galia. Rico y célebre por su talento literario, era de aquellos que estimaban que la aristocracia no debía vivir en sus dominios, indiferente á los públicos negocios, y predicaba con el ejemplo, pues había sido prefecto de Roma en 468. Vuelto á su condición de simple particular, fué elegido por el pueblo obispo de Clermont; no era un devoto ni un teólogo, y leyendo la mayoría de sus obras se le tomaría por pagano; pero gozaba de crédito, tenía actividad, estaba dotado de un alma generosa y benévola y todos conocían el amor que á su patria profesaba. En aquella época calamitosa, un obispo había de ser un administrador, un negociador y en caso necesario un general, tanto como un sacerdote.

Auvernia luchó, pues, desde 471 á 474 y Ecdicio hizo prodigios de valor, entre ellos el de atravesar un día con diez y ocho jinetes por entre millares de godos para entrar victorioso en Clermont; pero todo fué inútil. Uno de los últimos fantasmas de emperadores, Julio Nepos, en vez de socorrer á la heroica provincia, hizo de ella objeto de un vergonzoso trato; en efecto, en vista de que Eurico extendía sus devastaciones á todo el valle del Ródano, le entregaron la Auvernia (475) para obtener de él la paz. Sidonio protestó de ello: «Nuestra servidumbre ha sido el precio de la seguridad de otros... ¿Es este el premio que merecían el hambre, el incendio, el hierro, la peste, las espadas tintas en sangre de los enemigos y nuestros combatientes enflaquecidos por el ayuno?» Pero fué preciso ceder: Ecdicio se refugió entre los burgundios y el obispo permaneció en su puesto, habiendo sido luego enviado cautivo á Livia, cerca de Carcasona. Allí pasó dos años, después de los cuales pidió perdón y para obtenerlo celebró á Eurico en sus versos: patriota sincero, valiente cuando fué preciso serlo, apoderóse sin duda de él el desaliento y se resignó á la fuerza de los hechos.

Eurico no encontró ya resistencia formal y á fines de su reinado, que terminó en 485, era dueño de Arlés, de Marsella y de Provenza y su dominación se extendía por el Norte hasta el Loira. Todos los reyes bárbaros le reconocían en cierto modo como jefe y los emisarios de los mismos se encontraban en su corte, en donde Sidonio vió al sajón de ojos azules, al sicambrio, al hérulo de verdosas mejillas que habita en los apartados golfos del Océano, al burgundio de siete pies de estatura, al ostrogodo y al mismo romano «que viene á pedir al Garona que proteja al debilitado Tíber.»

Eurico, dice un cronista, fué quien primero dió leyes escritas á los visigodos, que antes sólo se regían por usos y costumbres. Las leyes de los visigodos, tales como hasta nosotros han llegado, son de redacción más reciente, pero algunas de sus disposiciones se remontan seguramente á Eurico. Esas leyes bárbaras están escritas desde su origen en latín, probablemente por galorromanos; éstos, sin embargo, conservan las suyas propias, y el sucesor de Eurico, Alarico II, hará redactar para su uso y á fin de facilitar la tarea de los magistrados, una compilación extractada de las leyes romanas, la *Lex romana Wisigothorum*, ó *Breviario*, de Alarico (1).

La monarquía gótica se ha engrandecido y ya no es electiva ni se divide entre varios jefes; el rey tiene todavía consejeros, pero ya no comparte con ellos su autoridad, sino que es soberano. Algunos textos mencionan aún, por vía de excepción, asambleas, pero éstas no tienen carácter de regularidad; tal es, por ejemplo, la de que habla Sidonio, á la cual asisten ancianos cargados de años, pero activos, de aspecto bárbaro y de estropeadas vestiduras. Las instituciones germánicas se debilitaban en el territorio aquitano y eran reemplazadas por una organización enteramente romana: al frente de las antiguas provincias pone el rey duques y á las órdenes de éstos los condes ejercen á la vez la admi-

(1) Respecto del carácter de esta compilación, véase Lecrivan, *Remarques sur l'interprétation de la Lex romana Wisigothorum*, «Annales du Midi», 1889.